

## Teatro

# Las ratas, al poder

*En escena, la pesadilla de una condenada a muerte*

UN humor cruel, cáustico, desagradable, recorre la obra de Jesús Campos *Es mentira*, un texto poblado de histéricas mujeres de inquietante lucidez, falsedades que parecen verdad, verdades que parecen mentira, y ratas gordas, gordísimas. Un mundo surreal, encerrado en un misterioso e intemporal sótano al que baja Santa Teresa de cuando en cuando.

Jesús Campos pertenece a una generación de autores españoles que rara vez ha tenido oportunidad de asomarse a los locales teatrales. Ganó, como muchos de ellos, un premio dramático importante. El Lope de Vega. Ha estrenado ocasionalmente. Sus textos tuvieron ocasión de ser presentados con motivo de unas sesiones que, los lunes por la tarde, organizaba el Centro Dramático Nacional en el local del Teatro Marfa Guerrero. En suma, que su obra es poco conocida.

*Es mentira* participa de algunas de las constantes que, en términos relativos, pueden ser rastreadas en la «generación» de jóvenes autores. Su preocupación por la palabra en tanto que elemento dramático, por ejemplo. Su obsesión por el problema del Poder, por ejemplo. Sus continuas referencias

a la vanguardia teatral europea, por ejemplo...

Sin embargo, *Es mentira* sufre las consecuencias de una de las dictaduras ejercidas por el teatro comercial sobre esa generación de autores. La del tiempo. Todo espectáculo teatral, para poder ser estrenado, exige tener esa duración cercana a los noventa minutos, que es constante en todo texto que ve la luz en un escenario. *Es mentira*, sin embargo, da la impresión de ser un texto al que la duración «standar» le ha impuesto un desarrollo temporal ajeno, en realidad, a lo que la historia da de sí. A los pocos minutos del espectáculo, la problemática que *Es mentira* pone en escena está suficientemente planteada. Por ello, la obra parece repetitiva, se enros-



«Es mentira»  
Pero hay algo verdad: la surrealidad que dibuja

ca sobre sí misma y su final da la impresión de ser un desenlace apresurado.

Se trata de una metáfora sobre la pena de muerte. Una mujer encierra a su hermana en un lóbrego sótano poblado de ratas de tamaño descomunal. La prisionera aguarda, entre alucinaciones, un desenlace que no puede ser otro que su ejecución ante un pelotón de fusilamiento. En realidad, todo será una puesta en escena enfermiza, imaginada por una condenada a la pena capital. Sin embargo, la clave de esa «verdad» nos vendrá dada por las palabras de unos jueces, unos curas y unos soldados, cuya anatomía inferior... es la de un roedor.

Jesús Campos consigue lo más difícil. Combinar las referencias surrealistas (el espíritu cruel de Genet y *Las criadas* recorre todo el espectáculo) e intelectuales, con un sentido del humor sórdido que logra conectar con el público. Las entradas en escena de los mastodónticos roedores pone unas gotas imprescindibles de espectacularidad.

Sin embargo, *Es mentira* resulta ser un texto convencional, dentro de sus numerosas referencias a la vanguardia teatral europea de hace varias décadas. La situación inicial (la presa encerrada en su terrorífica celda) se exprime hasta la saciedad. Tanto, que el final de la misma se hace esperar demasiado. Este es apresurado, confuso, precipitado. Para dar lugar al desenlace que todo espectador adivina (el fusilamiento de la «loca» a manos de las ratas). Sin embargo, el conjunto no deja de resultar atractivo.

Alberto Fernández Torres